

**10.2. DEL MIEDO Y LA PERPLEJIDAD AL CICLO DE ACCIÓN COLECTIVA
REACCIONES POPULARES EN RESPUESTA A LA CRISIS Y LA AUSTERIDAD,
2007-2012**

Salvador Aguilar ¹

Este artículo es el complemento lógico de la Cronología previa que, escueta y estrictamente descriptiva, ofrece datos sobre cuál ha sido la respuesta popular ante la crisis y la austeridad. Este comentario, en cambio, intenta identificar qué variables principales gobiernan el fenómeno, lo que obliga a abstraerlas de la maraña de fenómenos particulares que se presentan en la cronología. Su eje es el clivaje de clase (CC), expresión que quizá convendría examinar brevemente ahora:² por el momento, para proceder, es suficiente decir que la expresión CC exhibe dos significados, uno simple y otro complejo. El primero designa la fractura de intereses que enfrenta a empresarios y fuerza de trabajo asalariada en cualquier economía capitalista; aplicada a una gran crisis, como la desencadenada alrededor de 2007 y con epicentro en Wall Street, el CC, en una segunda acepción que proponemos aquí, se amplía para señalar algo que estamos presenciando y viviendo en particular en la Europa de los últimos años: que el enfrentamiento en términos de intereses y estándares de vida ya no se ciñe únicamente a las dos clases aludidas sino que se plantea en términos ampliados entre la élite transnacional neoliberal que gobierna el mundo, así como sus clases de servicio asociadas (entre otras, las élites nacionales subsidiarias, “los políticos” y buena parte de los organismos internacionales), y una mayoría abrumadora de la población.

Hace no tantos años se podía escuchar en ambientes académicos de todo el mundo la idea de que las clases sociales (y no digamos ya, el clivaje de clase) estaban desapareciendo o, sencillamente, eran una cosa del pasado. Con una rapidez inusitada, la crisis sistémica que sufre el capitalismo globalizado ha restituido las cosas a su verdadero lugar en el discurso público. A una nutrida mayoría de ciudadanos de las sociedades hoy en crisis y sujetas a los planes

¹ Profesor titular de Estructura y Cambio Social en la Universidad de Barcelona, es corresponsable de la coordinación académica del Observatorio del Conflicto Social de esta universidad.

² Esto es así porque, como dice con razón Colin Crouch (1982:14), “la teoría solo puede empezar con casos simples. Si en un estadio temprano se admiten demasiadas variables, los argumentos se convierten en tan complejos que no dicen nada en absoluto”.

de austeridad, le parecería justamente obsoleto –además de ridículo y de muy mal gusto- ese discurso postclasista cuando su experiencia personal cotidiana señala a todas luces en otra dirección. La noción ampliada del clivaje de clase para referir esa confrontación tan desequilibrada entre una exigua minoría y una mayoría imponente de la población afectada sirve convenientemente, a mi juicio, para reflejar lo que está ocurriendo. Algo que, insisto, excede con mucho la mera confrontación en el proceso de trabajo entre empresarios y trabajadores. Este artículo pretende empezar a desentrañar cómo ha vivido la crisis y la austeridad, en sus intereses y en sus formas cotidianas de vida, esa abrumadora mayoría que está soportando los principales costes de las mismas; y sobre todo, cómo han pasado del miedo y la resignación a la movilización, y qué formas ha tomado ésta.

El trabajo se apoya en la recogida de datos que contiene la cronología, que han sido codificados para su tratamiento previo a este escrito. Y la cronología, a su vez, se ha elaborado utilizando fundamentalmente una selección breve de medios de comunicación escritos publicados en España (*El País* y *La Vanguardia*). Como resultado de estas limitaciones obligadas, de localidad y de número, la pretensión ha sido sencillamente la de esbozar un primer estado de la cuestión, que eventuales y posteriores tratamientos más amplios y elaborados permitan elevar a la categoría de investigación y, tal vez, ofrecer conclusiones mejor fundadas.

El escenario de observación y el clivaje de clase

El fenómeno que nos interesa aquí es complejo y difícil de precisar en sus particularidades, pero su contorno básico es claro y recurrente durante la historia del capitalismo. Estamos, de nuevo, ante los efectos conflictuales y transformadores de una crisis sistémica que, también de nuevo, se inicia como crisis financiera, se convierte después en económica, extiende el malestar social a todos los rincones de las comunidades afectadas y, finalmente, conlleva una crisis política de gran magnitud. De ahí se sigue, en términos comparados, una modificación por lo general sustantiva de las estructuras sociales vigentes con anterioridad y el eventual surgimiento de una nueva época histórica y una nueva forma de organización social (que puede oscilar

entre un cambio de tipo estructural o, con mucha mayor frecuencia contemporáneamente, un cambio dentro del tipo).³

El caso que nos ocupa arranca en 2007 con una crisis financiera localizada en el epicentro del sistema mundial, Wall Street, unos orígenes que, documentados poco después, permiten suponer que el capitalismo financiarizado, al que el dominio neoliberal y la desregulación durante un cuarto de siglo ha permitido -e incluso alentado- desplegarse sin límite aparente, se mezcla indisolublemente con corrupción política y económica a gran escala para producir, también a gran escala, lo que piadosamente se han denominado “burbujas” (inmobiliarias y de otro tipo), “activos tóxicos” y demás, a lo largo y ancho del sistema mundial, bancarrota e insolvencia bancaria y rapidísima expansión del desempleo y la pobreza. Estamos de nuevo experimentando la “destrucción creativa” examinada por Joseph Schumpeter (1950:83):

La apertura de nuevos mercados, externos o internos, y el desarrollo organizacional desde el taller artesanal y la fábrica hasta conglomerados del tipo US Steel ilustran el mismo proceso de mutación industrial -si se me permite el uso de este término biológico- que incesantemente revoluciona la estructura económica *desde dentro*, destruyendo sin cesar la vieja y creando sin cesar una nueva. Este proceso de Destrucción Creativa es el hecho esencial acerca del capitalismo. Es aquello en lo que consiste el capitalismo y aquello con lo que todo negocio capitalista se ve obligado a vivir.

Este es el trasfondo de nuestro objeto aquí, que no es otro que observar las reacciones por parte de la población afectada que forma uno de los polos del *clivaje de clase*.

S.M. Lipset y S. Rokkan (1967) delinearon hace cuatro décadas una influyente teoría sobre cómo analizar las áreas y mecanismos que organizan los conflictos sociales en la era moderna y originan los correspondientes sistemas de partidos. La divisoria confrontacional, el *clivaje* (del inglés *cleavage*, divisoria), es la noción que emerge de ese análisis y que ha originado una estimable tradición de estudios en la sociología política (ver una descripción en Aguilar, 2011). En esa primera versión, los autores establecen cuatro clivajes principales para referirse a los orígenes de los conflictos sociales

³ Como el inmediatamente anterior que presenció la sustitución del llamado *capitalismo del bienestar* (países de la OCDE, circa 1950-1974, coincidente con los Años Dorados del capitalismo moderno) por el *capitalismo flexible globalizado*, de corte neoliberal, todavía vigente (más o menos). Para las nociones de *cambio de tipo* y *cambio dentro del tipo*, véase Aguilar 2001b.

fundamentales en las sociedades de capitalismo industrial democrático, a saber: centro-periferia; Estado-Iglesia; intereses de la tierra-intereses de la industria; y propietario/empleador-trabajador asalariado. Este último es el “clivaje de clase”: indica una confrontación estructural entre la fuerza de trabajo asalariada y los patronos o empleadores característica de toda economía de mercado, divisoria que se traduce en conflictos acerca de salarios y beneficios, condiciones de trabajo, control del proceso laboral, duración de la jornada y así sucesivamente.

Como he sugerido antes, en ciertas condiciones históricas de excepcionalidad, como la que se vive entre 2007 y 2012, el *clivaje de clase en sentido amplio* se puede entender como una fuente estructural de conflicto en una economía de mercado entre la clase capitalista en su conjunto y la mayoría de la población (en la situación actual: precariado, clases trabajadoras, clases medias no propietarias) alrededor de la situación relativa de los estándares de vida que afecta a uno y otro bloque como resultado de la crisis económica y la gestión de la misma. Las crisis capitalistas activan automáticamente esta divisoria confrontacional de carácter amplio, también la iniciada en 2007 que ocupa nuestra atención aquí. Lo interesante de la cuestión, desde la perspectiva de la sociología política, es que en tales ocasiones se pone irremediabilmente en cuestión la hegemonía de las clases dominantes. Según las conocidas nociones de Antonio Gramsci (1973), si en situaciones de estabilidad social relativa lo que entra en juego es la hegemonía inercial: las clases que dominan en el terreno de la producción económica acceden casi automáticamente a una posición de autoridad ante las clases subordinadas precisamente por ello; en situaciones de crisis económica severa, y por ende, política, la hegemonía inercial deja de ser suficiente y las clases altas deben, además de dominar, *dirigir* la sociedad, es decir, ocupar posiciones públicas de servicio a la clase (altos dirigentes políticos que controlan el Estado y el sistema de estados) e implicarse en el día a día de la confrontación con las clases subalternas. Esto es lo que parece estar ocurriendo desde los inicios de la era neoliberal y de capitalismo globalizado.

Esas últimas, las clases subalternas, por su lado, reaccionan ante la crisis económica y política y despliegan una panoplia de instituciones de choque

propias, llevan a cabo acciones colectivas características de la contienda política y, en general, intentan limitar los daños producidos -o en proceso de producirse- por esa doble crisis en sus estándares de vida. Al hacerlo, ponen en cuestión la legitimidad del dominio de clase del bloque capitalista. Hay como mínimo dos formatos principales a través de los cuales se expresa esa reacción popular frente a la crisis económica y sus consecuencias y frente a la crisis política. Uno, tradicional, es el que institucionalizan los partidos y sindicatos de trabajadores; ambas instituciones, que en esta coyuntura histórica atraviesan por problemas graves y peculiares, tienden tanto a contribuir a definir los intereses de las clases subalternas como a organizar acciones de protesta propias del repertorio histórico del movimiento obrero, notablemente la huelga y la huelga general. El segundo formato tiene más que ver con la sociedad civil en sí, con la acción hasta cierto punto espontánea y auto-organizada de la ciudadanía y la clase trabajadora (el movimiento obrero entendido como movimiento social de los trabajadores) que, coincidiendo con cada gran crisis capitalista, genera nuevos tipos de asociación colectiva y repertorios de protesta (por ejemplo, en tiempos recientes, los movimientos ciudadanos, la manifestación en la calle que acompaña a la huelga general, la acampada u ocupación de lugares públicos, singularmente las plazas, entre otros); el análisis de estos nuevos tipos de asociación y repertorios, a su vez, permite identificar las grandes tendencias y evolución probable del clivaje de clase.

Un modelo teórico para orientar la observación

Partiendo de la Cronología previa, nuestra diana analítica aquí es conocer y evaluar, para comprender mejor, cuál ha sido la respuesta de aquella parte de la población afectada negativamente por el impacto y efectos de la crisis iniciada en 1977-1978 y, sobre todo, de la gestión de ésta por los distintos gobiernos, instituciones y organismos supranacionales. Esa población afectada se distribuye de forma muy irregular a lo largo de la geografía mundial, pero destaca especialmente la población (abrumadoramente mayoritaria) de las economías y sociedades donde se inició el proceso, precisamente las de los países del Primer mundo y, en especial, Estados Unidos y Europa occidental.

Los hechos son conocidos: la reacción de los ciudadanos de ese núcleo afectado por la crisis ha sido cambiante y con tendencias internas contradictorias pero, en conjunto, un número creciente de personas se ha ido incorporando al abanico de formas de presión con que, conjuntamente con la expresión popular mediante el voto, se intenta frenar o revertir el proceso.

Intentaré calibrar aquí la envergadura y características de esa reacción popular y, a la vez, derivar de tal evaluación una anticipación de las tendencias que, en esta época histórica, muestra el conflicto de clases. Sugerimos en este epígrafe que contamos hoy con diversas y sólidas teorías en la ciencia social contemporánea que nos han de permitir diseñar un modelo sencillo, que expongo en lo que sigue, para organizar la información de la que disponemos y abordar su análisis.

La crisis reciente nos ha situado de nuevo en un escenario típico de reacciones de los agentes que obedecen a la lógica de suma cero: allí donde un agente ve sus intereses beneficiados, otro u otros agentes ven los suyos perjudicados de manera aproximadamente simétrica. (Y en un escenario también, de nuevo, muy “tilleano” -por Charles Tilly-: una compleja situación de conflictos múltiples cuya resolución, lejos de estar predeterminada, depende principalmente de la interacción entre los actores que hay en el escenario.) Destaca en este último grupo la mayoría de la población afectada por la crisis que, típicamente, aunque tal vez esto sea generalizable a toda la población, percibe los efectos de la situación en sus estándares de vida y su experiencia social cotidiana como un gran *malestar social*. Este es nuestro punto de partida de cara al modelo diseñado: establecer por medio de las teorías y estudios pertinentes cómo reaccionan los seres humanos, y en particular los que habitan esas supuestamente prósperas “sociedades avanzadas” del mundo rico, cuando tienen que hacer frente a malestares sociales severos.⁴

⁴ Que el malestar que nos ocupa es de carácter severo puede acreditarse con prontitud si reparamos en la doble tendencia de reducción de los niveles de vida que afecta a los ingresos medios y al bienestar de la ciudadanía y, complementariamente, a la parte de la renta nacional de los diferentes países que se distribuye hacia los trabajadores asalariados, marcadamente a la baja, por oposición a la que queda en manos de los empresarios-propietarios. Un informe mundial de la OIT sobre salarios dictamina a finales de 2012 las tendencias dominantes: los salarios de los países avanzados se estancan; sube la participación en la renta del capital; y hay una menor participación de la fuerza de trabajo (OIT, 2012). En el caso español esto es especialmente así si pensamos en que la rebaja de los salarios reales y la destrucción de empleo ha sido, bajo la crisis, el mecanismo utilizado para recuperar la productividad (la

Antes de abordar el modelo en sí, conviene poner en claro dos importantes cuestiones previas sobre las que la teoría social ha especulado desde tiempos inmemoriales y que son aquí relevantes. Una, si la movilización y la protesta social siguen históricamente un itinerario único (y por lo tanto, la acción colectiva desplegada desde abajo en el período que nos ocupa responde sin más a una pauta universal); y dos, más importante, cómo debemos entender el origen último o resorte clave que explica que los individuos que se enfrentan a malestares sociales sustantivos *decidan movilizarse* en defensa de sus intereses y, por tanto, pasar del descontento a la movilización. (Sidney Tarrow señaló en este punto que la teoría social de Marx era menos útil de lo que parecía, ya que daba por supuesto que toda persona en situación económica y social desventajosa se movilizaría de manera más o menos automática al disponer de organización. Lo ocurrido con posterioridad en la historia social contemporánea ha mostrado que esto no es así y que, en ciertas condiciones, como mostró Mancur Olson, la reacción racional ante la desventaja puede ser no la acción, sino la inacción. Es obligado matizar también que los análisis históricos de Marx muestran que su perspectiva *aplicada* dejaba amplio margen para la atención hacia los factores “no-automáticos” y que, en realidad, su teoría integraba una visión del conflicto social como un complejo juego interactivo que en cierta forma influyó en la obra posterior de Charles Tilly.⁵)

Hay dos historiadores sociales británicos recientes que abrieron un camino sugerente y fértil, aunque en direcciones distintas, para comprender cabalmente estas dos cuestiones previas. Por lo que se refiere a la primera, Eric Hobsbawm (1959) analizó el paso de la protesta “primitiva” a la moderna señalando que, precisamente porque bajo el capitalismo moderno la variable clave que explica la movilización y la protesta es la organización (a partir de la aparición a mediados y finales del siglo XIX de partidos y sindicatos obreros, fundamentalmente), en situaciones históricas previas, o en condiciones

famosa “devaluación interna”). Todo ello ha implicado una clara expansión de la pobreza (se prevé para España, p.e., que ésta alcanzará al 40% de la población mientras que se tardarán unos 20 años en recuperar el bienestar relativo previo) y el impacto conjunto en el nivel de la estructura de clases; al respecto, en Alemania, un estudio de 2012 mantiene que en 2010-2012 la situación económica sólo ha beneficiado a las élites y que la clase media alemana está en retroceso (*El País*, 14.12.2012), tendencia que no hay muchas dudas de que está afectando a numerosos países y que refuerza nuestra hipótesis aquí de un “clivaje de clase ampliado”.

⁵ El comentario de Tarrow se encuentra en 1997:36-37.

modernas pero periféricas, las condiciones ambientales de baja capacidad organizacional no permiten a los protestatarios ni mantener la continuidad de la protesta ni ir más allá de una explosión efímera, una rebeldía que convierte en inviable los cambios de tipo y unas eventuales revoluciones emancipatorias. Esos *rebeldes primitivos*, así, carecerían de instrumentos y repertorios para adaptarse a las condiciones modernas y su destino final no podría ser otro que, o adaptarse de manera perversa a las condiciones modernas (como, según el autor, los movimientos anarquistas o los bandoleros sociales que acaban degenerando en mafias), o desaparecer.

La protesta examinada en este trabajo permite comprobar que, en efecto, según predijo Hobsbawm, la rebelión “primitiva” en cierto sentido se ha ido haciendo cada vez más periférica en condiciones modernas (en España de 2012, por ejemplo, algo parecido a esa forma de rebelión la ha encarnado el SAT andaluz o grupos de jóvenes rebeldes de Barcelona que han asaltado supermercados para repartir los alimentos entre la población pobre, pero su peso en el total de la protesta ha sido ínfimo); pero también que los rebeldes “no primitivos”, encarnados en los grandes sindicatos españoles de hoy, parecen haber llegado a un callejón de difícil salida al comprobar que ni su presencia institucional, como mínimo en condiciones de crisis capitalista aguda, sirve de mucho, ni su arma de confrontación preferida, la huelga general, parece bastar por sí sola en tales condiciones. (Se podría añadir que, paradójicamente, una parte de los protestatarios contemporáneos, no *primitivos* sino altamente *evolucionados*, eluden conscientemente la vía de la protesta organizada y “moderna” y parecen regresar a formatos de acción “primitivos”, como ya hace una década practicó el movimiento altermundista, antes los sesentayochistas franceses y ahora mismo los miembros del 15-M español. Señal inequívoca de que la pauta establecida en 1959 por el maestro inglés, Eric Hobsbawm, no obstante sus muy sugerentes argumentos, contiene algún serio problema.⁶)

A pesar de su penetrante factura y argumentos, la noción de Hobsbawm, que sirvió para comprender que la protesta social ha seguido un trayecto evolutivo y una pauta complejas y que, en realidad, podemos pensar en la protesta

⁶ Véase Salvador Aguilar, 2001a.

premoderna como “movimientos sociales arcaicos”,⁷ aportó sin embargo pocas novedades sobre cuál es la motivación básica, si existe, que hace que protestatarios potenciales decidan pasar del malestar y la queja a la movilización (aunque sí nos ilustró, como hemos indicado, sobre la bifurcación que podría tomar ésta en el tránsito de la sociedad tradicional a la capitalista moderna). Si él no puso en claro el factor movilizador elemental, sí lo hizo el otro gran maestro de la historia social contemporánea, también británico, Edward P. Thompson, refiriéndose específicamente a fenómenos de agravio y protesta social que Hobsbawm denominaría “primitivos” o “pre-políticos”, los motines de subsistencia propios del siglo XVII-XVIII inglés. En condiciones de escasez económica y escaso desarrollo capitalista -o ninguno-, el levantamiento violento de colectivos de personas agraviadas, generalmente pobres, tiene mucho que ver, no con las “revueltas del estómago”, como preconizaron historiadores sociales previos: la gente que pasa hambre activa de manera prácticamente automática sus impulsos reivindicativos, sino con otro factor crucial: la subida de los precios de los alimentos básicos, alcanzado cierto punto, transgrede las invisibles líneas maestras morales sobre lo que es justo según las reglas de la sociedad tradicional o, dicho en términos más universales: viola los valores mayoritarios compartidos por una comunidad (ver Scott, 1985:XVII). Thompson denominó con acierto este factor la *economía moral* de la multitud, que guarda alguna similitud con la de “privación relativa” del psicólogo T.R. Gurr y que bien podría ser aplicado hoy a las acciones del movimiento 15-M (y, con mayor razón, a los levantamientos en la periferia mundial, desde 2007, en forma precisamente de renovados motines de subsistencia o *food riots*: en Mali, Haití, Argentina, Egipto, Mozambique y muchos más países).⁸

⁷ Aunque con alguna diferencia substancial, con esa idea Hobsbawm converge con la propuesta posterior de Charles Tilly de la existencia histórica de por lo menos dos paradigmas de acción colectiva; al menos para Francia, Tilly contrapone el modelo *comunal patrocinado* al modelo *nacional autónomo*. Pero Tilly rehúye cualquier determinismo evolutivo que implique la noción de desarrollo y, en este sentido, se sentía muy alejado de la idea de unos supuestos *rebeldes primitivos*.

⁸ Véase el notable informe aparecido en *El País*, 28.04.2008, p. 3, “La revuelta mundial del hambre”, así como el artículo del economista indio Raj Patel en el mismo periódico de 19.04.2008, “Los hambrientos salen de nuevo a las calles”, y el estudio de Walton y Seddon (1994).

Bajo la crisis económica reciente, que se hace manifiesta en 2007, esta *economía moral* ha estado en la base de la indignación popular que ha estallado en Túnez y Egipto en 2011 (las revoluciones árabes), en Madrid y Barcelona en mayo de 2011 (el movimiento de los indignados), y en Nueva York el 17 de septiembre también de 2011 (el movimiento Occupy Wall Street), entre otros. De condiciones contextuales y naturaleza muy diferente, a pesar de todo mantienen todos estos movimientos actuales, en ese aspecto crucial concreto del factor resolutivo que mueve a los individuos a rebelarse, una notable similitud: los afectados experimentan una disposición a expresar que se *sienten moralmente concernidos y agraviados* y estallan para señalar que los límites de lo aceptable se han traspasado y que, con su movilización, *están buscando los contornos de un nuevo contrato social*. Uno de los grandes estudiosos del papel de los factores morales en la acción humana, Barrington Moore (1978:18), explicó el por qué hace ya muchos años en un párrafo que contiene una ejemplar declaración de principios teóricos que también nos será de utilidad aquí:

En cualquier sociedad estratificada... existe un conjunto de límites acerca de lo que pueden hacer tanto los que mandan como los sujetos al dominio, los grupos dominantes y los subordinados. Existe también un conjunto de obligaciones que mantienen vinculados a ambos grupos. Tales límites y obligaciones no se establecen formalmente en constituciones o contratos escritos...

Afirmar que hay un contrato social implícito más que explícito, un conjunto de entendimientos mutuos no verbalizados, no consigue del todo transmitir la situación de manera adecuada. Esta forma de formular la cuestión suena como si existiera en algún lugar una especie de carta platónica en la que confluyeran todos los miembros de la sociedad, excepto los socialmente obtusos o los políticamente sordos; cualquier buen antropólogo o sociólogo estaría entonces en condiciones, a partir de sus contactos con una variedad de informantes, de establecer copias razonables de esa carta. Sin embargo, lo que realmente acontece es un proceso continuo de prueba, por parte de los que mandan y por parte de los sujetos, para saber lo que pueden obtener, para tantear y *descubrir* cuáles son los límites de la obediencia y la desobediencia. Nadie conoce exactamente dónde están esos límites hasta que, por medio de la experiencia, da con ellos, aunque previamente ambas partes puedan obtener anticipaciones razonablemente precisas. Cuanto más estable una sociedad, más estrechos los márgenes entre los que se efectúa el tanteo y el descubrimiento. Cuanto menos estable, tanto más amplios y difusos los límites. Pero siempre hay algún límite. Si no fuera así, no habría sociedad.

En este sentido, los términos del contrato social están siendo siempre *renegociados*... Por el momento, es suficiente que hagamos constar que esas obligaciones mutuas y límites existen, y que su existencia se manifiesta y a la vez se descubre por medio de un tanteo intermitente de las reacciones de unos y otros. (Cursiva añadida.)

Con las nociones revisadas hasta aquí disponemos de pistas conceptuales sólidas para las preguntas planteadas sobre las bases de la protesta popular reciente. Ahora podemos prestar atención, a continuación, a las pautas de comportamiento pronosticadas por los estudios disponibles en respuesta a los malestares sociales severos que experimentan las comunidades humanas. Por supuesto, también aquí hay una gran variabilidad, a pesar de la cual trataremos de construir un modelo conceptual sencillo que nos ayude a poner orden⁹ en el aparente caos sugerido por la Cronología anexa en relación con cuáles han sido las respuestas desde abajo, las reacciones populares, ante el avance de la crisis económica y la implantación de las políticas de austeridad y “consolidación fiscal” en un buen número de países del Primer mundo. A mi juicio, las teorías de Albert Hirschman y de James Scott, que se complementan, facilitan esa base, en la que puede insertarse asimismo el modelo de Robert Merton sobre la adaptación individual a la estructura social anómica para comprender las formas que pueden tomar las microdecisiones (individuales, de participar o no en la acción colectiva) convertidas en macrotendencias ante la intrusión de cambios inesperados (y, por tanto, también ante la experiencia de malestares sociales significativos).

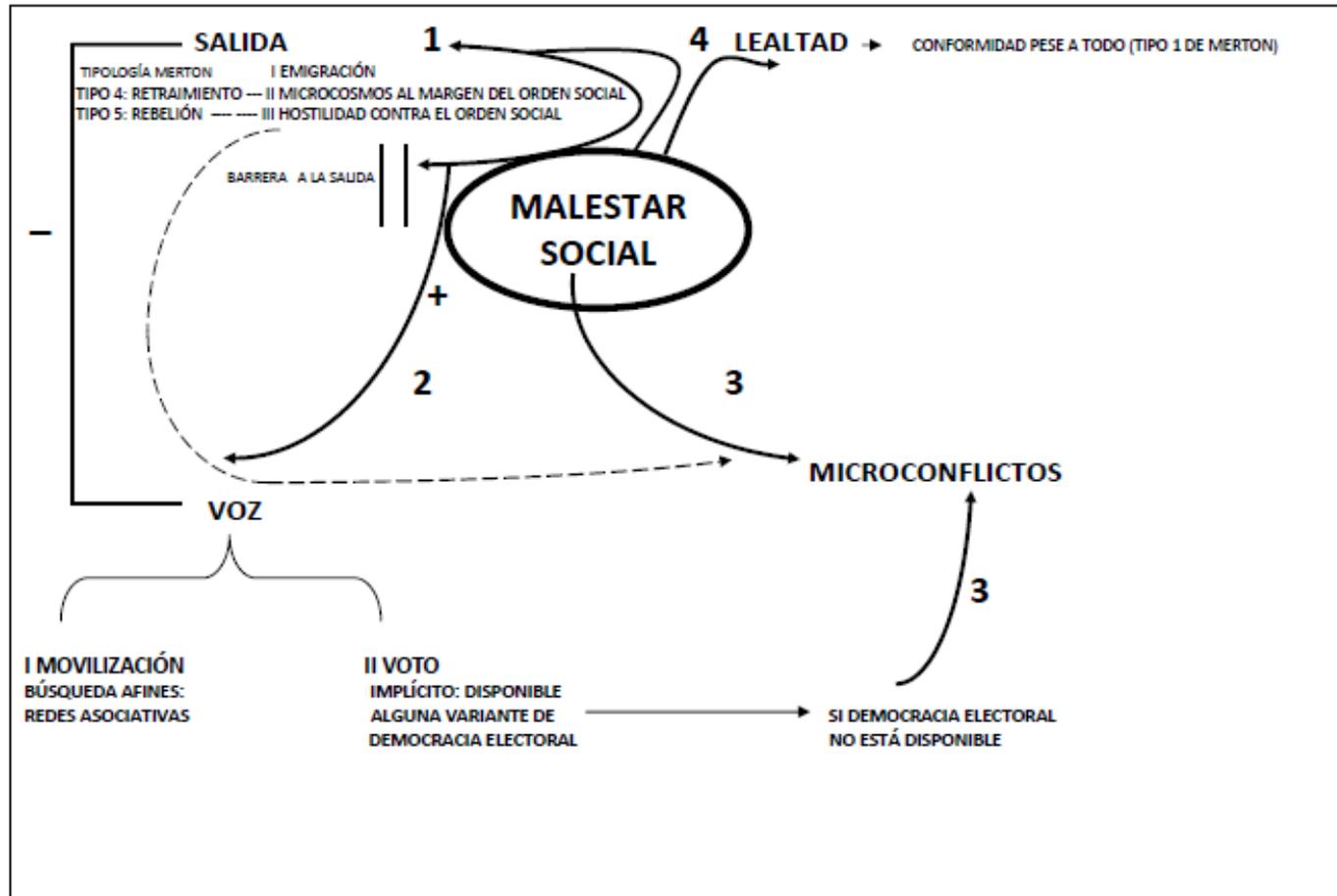
Diagrama 1

¿Qué hacen los individuos ante situaciones de malestar social severo?

Modelo compuesto a partir de algunas de las teorías disponibles:

⁹ En el sentido de Daniel Bell (1976:26): “Los prismas conceptuales son ordenamientos lógicos impuestos por el analista sobre el orden fáctico”; y yo añadiría: y también sobre el desorden fáctico: la densa y hermética madeja que forman los fenómenos en interacción.

OPCIONES INDIVIDUALES DE ACCIÓN ANTE MALESTARES SOCIALES SEVEROS. MICRODECISIONES Y MACROTENDENCIAS



La dinámica salida-voz de Hirschman (1970) propugna que, enfrentados a insatisfacciones sociales significativas, los individuos reaccionamos mediante un conjunto limitado de respuestas: la SALIDA implica que, en ciertas situaciones, podemos eludir el malestar “escapando” de la propia situación que lo produce (en nuestro caso de los efectos de la crisis sobre sistemas económicos nacionales: mediante la emigración; o creando microcosmos al margen del desorden introducido por la crisis y sus consecuencias, algo que coincide con el tipo mertoniano del “retraimiento”; o finalmente expresando hostilidad contra ese orden social convertido en desorden, coincidente con el tipo denominado “rebelión” de Merton, 1984:cap. VI). Pero esas formas de “escape” no siempre están disponibles para el sujeto, lo que le conduce entonces a usar la VOZ. La voz tiene dos claros sentidos básicos en relación al tema que nos ocupa. Por un lado, acción colectiva expresada como protesta social; por el otro, la orientación del voto con ocasión de elecciones legislativas;¹⁰ otras formas periféricas de la voz son la actividad de cabildeo (*lobby*) y la formación de grupos de interés.¹¹ SALIDA y VOZ mantienen una relación inversa: la práctica de la primera debilita el potencial de la segunda; e inversamente, si la *salida* no es una opción disponible, gana intensidad la potencia de la voz. Esta dinámica se completa por medio de la LEALTAD cuando el individuo percibe los efectos del malestar social en su vida cotidiana, experimenta una buena dosis de “privación relativa”, en el sentido de T.R. Gurr (1970), pero no lo suficientemente intensa como para optar por la voz o la salida. *Lealtad* equivale en nuestro caso a refrenar los impulsos disruptivos ante el malestar y conservar la actitud básica de conformidad con el orden social que produce aquél (el modo de adaptación 1 del modelo de Merton, el mayoritario en situaciones de estabilidad social).

Esta sencilla pero certera tríada de nociones de Hirschman permite captar con rapidez y un cierto orden los efectos de las decisiones individuales que se

¹⁰ Aunque no nos interese ahora aquí, deben distinguirse a su vez dos sentidos antitéticos de la voz. La voz *reformista* (Pfaff, 2006:21) indica el uso de la movilización y el cuestionamiento para mejorar la ejecutoria de una institución o de una sociedad; la voz *insurgente*, en cambio, indicaría una actitud de rebelión para sustituirlas por otras, sentido exactamente coincidente con el tipo 5 de Merton mencionado.

¹¹ Pfaff, 2006:18.

agregan de forma no intencionada hasta formar tendencias colectivas en un orden en crisis. La aplicaremos después a los datos suministrados por la Cronología. Ahora conviene completar ese modelo porque es inconsistente en un punto. En efecto, un presupuesto tácito de la dinámica salida-voz tal como se acaba de exponer es que los individuos que toman esas decisiones para eludir un determinado malestar social operan en sistemas políticos relativamente abiertos o democratizados (una “poliarquía” según R. Dahl -1971; ver también Tilly 2007): democracias políticas con un grado importante de derecho a la discrepancia, participación electoral y elecciones libres periódicas). Pero, ¿qué ocurre cuando esa configuración política no está disponible y los individuos que experimentan ese malestar social se hallan sometidos a algún tipo de dictadura o, en términos de Dahl, de “hegemonía cerrada”? Típicamente, el resultado es un elevado nivel de represión estatal sobre los ciudadanos-súbditos, la elevación consiguiente de los costes de la acción colectiva y, no raramente, un control tan estricto de los movimientos de la gente que a efectos prácticos la *salida* es impracticable. ¿Qué hace la gente cuando queda atrapada en una situación como esta?

James Scott (1985) ha analizado este tipo de situación *cesarista*, característica durante miles de años de las comunidades agrarias, y los caminos que se abren ahí para reaccionar ante los malestares. Su conclusión básica es que la reacción típica consiste en recurrir a “técnicas de perfil bajo” (p. XVI), o microconflictos de resistencia. En contextos como el descrito, las clases subordinadas no están condenadas al silencio sino que recurren a los boycotts, los sabotajes, la sisa, el chismorreos que debilita simbólicamente a la autoridad... Se trata de formatos económicos de acción colectiva que no requieren coordinación o planificación; además:

Si detrás de la fachada de conformidad de los comportamientos impuesta por las élites, encontramos innumerables y anónimos actos de resistencia, detrás de la fachada de la obediencia simbólica y ritual encontramos por supuesto asimismo innumerables actos de resistencia ideológica (1985:304).

Es en este hallazgo de Scott donde su propuesta enlaza en parte con el tipo que Merton denomina “rebelión”, pero se trata aquí de una rebelión no abierta sino “oportunista” (la que se puede permitir una mayoría de la población que es

consciente de su estatus de población dominada y con acceso muy limitado a recursos organizativos e institucionales con alguna posibilidad de dañar la coraza de la élite dominante). La gente en general, no solo los campesinos, dadas las condiciones, aprende a resistirse ante un orden juzgado ilegítimo e inmoral, aprende a combatir los valores y nociones morales de la élite con contravalores, aprende a practicar actos de sabotaje y desimplicación con el orden social y, ocasionalmente, la desobediencia civil. Estos microconflictos, llevados a cabo con la debida astucia y cálculo racional, son el arma de los débiles en condiciones de ausencia de prácticas democráticas extensas; y constituyen el complemento necesario para los mecanismos de voz-salida-lealtad sin el cual ciertos comportamientos de resistencia activa, por ejemplo el *escrache* o la desobediencia civil, son difíciles de comprender. Con esta noción, como dice acertadamente Erik Neveu (2002:63), “Scott invita a reflexionar sobre el complejo continuo de situaciones y comportamientos situado ‘entre’ los polos del tríptico de Hirschman”. Tiene de hecho el interés adicional de que llama la atención sobre aspectos del conflicto de clases habitualmente mal comprendidos: las clases subordinadas, por medio de las formas de microresistencia aludidas, “penetran y desmitifican la ideología dominante” (1985:317) sobre bases permanentes. Es una práctica racional de aquellos y aquellas que están “obligados a resistir bajo la apariencia de la sumisión para no desencadenar la represión” (Neveu, *íbid.*).

Finalmente, la alternativa a estas técnicas de perfil bajo, que hace suya la parte más interiormente movilizada de las clases subordinadas, es la que señaló Brian Berry (1974:92) en una reseña sobre el *opus* de Hirschman: “En ausencia de posibilidades de salida, el silencio será con frecuencia más racional que la voz”; y en efecto, esta es la actitud que adopta la parte menos movilizada interiormente de esas clases.

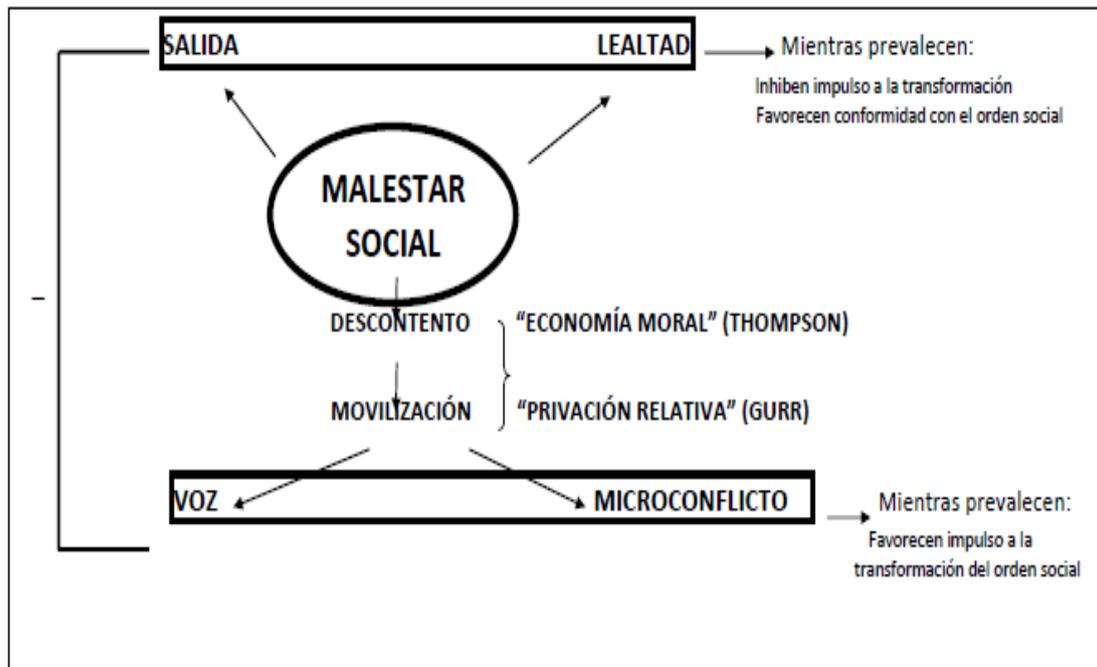
Vistas en su conjunto, las cuatro nociones de voz-salida-lealtad-resistencia activa (o silencio) constituyen los mecanismos básicos mediante los cuales la gente situada en posiciones de subordinación practica la contrahegemonía en condiciones normales; son también los mecanismos con los que reacciona ante malestares sociales severos. La preponderancia de unos sobre otros nos da pistas seguras sobre la naturaleza de la respuesta desde abajo a los

malestares de las crisis y el dominio de clase. A grandes rasgos, el subconjunto formado por la *voz* y los *microconflictos* acostumbra a indicar la fuerza potencial hacia la transformación del orden social en un momento dado; el que forman la *salida* y la *lealtad* están negativamente relacionados con los impulsos de transformación e indican, más bien, obediencia y conformidad; sobre esa base, ambos conjuntos predicen comportamientos políticos probables. En el siguiente Diagrama 2 se han intentado reflejar los efectos acumulativos de las microdecisiones -individuales- sobre participar o no en la acción. También la ubicación de la decisiva zona donde se localiza el mecanismo básico que, cuando concurre, desencadena la acción (la “economía moral” o la “privación relativa”).

Diagrama 2

Tendencias de la dinámica social

Conexiones generales entre conflicto social y cambio social



Dos hipótesis a contracorriente

1. Antes de aplicar el modelo expuesto a la Cronología previa quiero hacer constar que el escenario abierto por la crisis y la imposición de las políticas de austeridad es abiertamente anormal. No solo en el sentido obvio de que se aleja de lo habitual o conocido (en las últimas décadas), sino en el de que estamos viviendo transformaciones (por lo general, regresivas) que, por muy maquilladas que estén por las élites,¹² y por muy bien servidas que nos lleguen por la intermediación de una abrumadora mayoría de medios de comunicación que son parte de las clases de servicio de esas élites, van a dejar irreconocible el mundo tal como lo hemos conocido. En concreto, y haciéndome eco de la *ley* de Moore antes mencionada, deberíamos pensar que estamos asistiendo a un cambio de época y de sociedad y, como parte de ello, a una renegociación del contrato social. Así funcionan las cosas bajo el capitalismo. Lo ha visto muy bien, y nos ayudará a comprenderlo, el economista británico Eric McComarck evaluando los disturbios de Londres de agosto de 2011 -un caso de activación de la voz como respuesta a la austeridad- de esta manera:¹³

Estamos viviendo un tira y afloja para ver con cuánto es capaz de conformarse la gente, hasta qué punto acepta una reducción de su nivel de vida para que las élites puedan mantener el suyo.

Si trasladamos esta perspectiva centrada en la anécdota (los disturbios de Londres) obtenemos una perspectiva adecuada para la categoría (la renegociación del contrato social en los países afectados). Esta es mi primera hipótesis sobre lo que está ocurriendo y, como es patente, es una hipótesis muy divergente de las que aparecen mayoritariamente en el espacio de atención *mainstream* (medios de comunicación y trabajos académicos): estamos en efecto viviendo un tira y afloja para identificar con cuánto es capaz de conformarse la gente ante la presión de una élite que es ya transnacional y

¹² La ingenua y a la vez cínica insistencia de los gobiernos (entre ellos, el español de Rajoy y el catalán de Mas), por ejemplo, de denominar “reformas” a los planes de choque desvergonzadamente basados en intereses directos de clase para referirse a los programas de austeridad y “consolidación fiscal”. Aprovecho para recordar que, como mucha gente ya ha advertido, el problema con la forma en que esas élites neoliberales “venden” su producto, las recetas de austeridad, no es exactamente la austeridad en sí sino la manera -que se pretende única y sin alternativa- de aplicarla.

¹³ Citado en *La Vanguardia*, 10.08.2011, p. 5.

para hacer aflorar las líneas, habitualmente invisibles, de los límites de la obediencia y la desobediencia en las condiciones actuales.

2. El balance neto de los años de crisis hasta hoy, y de los cerca de treinta años de neoliberalismo, parece indicar que ese régimen ha dejado a los habitantes de los países afectados sin apenas democracia reconocible. La relación entre economía y política/Estado ha quedado sustancialmente alterada bajo el régimen neoliberal; y bajo su última fase, la de la crisis y la austeridad, la alteración ha alcanzado su máximo. Se podría describir (documentadamente) un país promedio de la Europa de hoy (y la afirmación quizá sería también válida en el nivel de la OCDE) así: es un estado semipolicial; con democracia efectiva limitada a elecciones libres (que sirven para elegir gobiernos representativos, lo que no sería poco si no fuera porque se admite ya dentro de lo políticamente correcto que un partido pueda presentarse a elecciones con un programa y aplicar sin más lo contrario si las gana, o que unos representantes obtengan sus mandatos pero no se deban a los electores sino a unas más o menos oscuras élites); y donde son ya varias las experiencias de “gobiernos tecnocráticos”, en Italia y Grecia para empezar, que permiten que podamos hablar decididamente de *desdemocratización* en los países de la UE (por no hablar de otros casos, como el de Hungría).¹⁴ En estas condiciones, si seguimos la conceptualización citada de Robert Dahl, tendríamos que empezar a entender estos sistemas políticos no como poliarquías sino como *infrapoliarquías*: han sufrido y están sufriendo un fuerte deterioro estructural que sin duda va a hipotecar por mucho tiempo los estándares de calidad democrática alcanzados durante los años del capitalismo del bienestar (1950-1974).¹⁵

¹⁴ Algo sobre lo que ya nos previno en 2006 un observador agudo nada proclive al izquierdismo como Ralf Dahrendorf, refiriéndose a las elecciones italianas que perdió Berlusconi poco antes: “Algunos líderes populistas pueden no aceptar el resultado de las elecciones siguientes. A Silvio Berlusconi le tomó un buen tiempo admitir que había perdido.” En *La Vanguardia* 1.10.2006, “Partidos y populistas”.

¹⁵ El economista norteamericano James K. Galbraith confluye con este juicio mientras se cierra el presente artículo: “No sé cómo se puede describir como una democracia a países que cumplen órdenes de las instituciones financieras, como el FMI o el BCE. Si lo único que pueden cambiar los votantes es los nombres de los gobernantes, pero no las políticas, la democracia no está funcionando”. Entrevista en *El País-Negocios*, 14.04.2013, p. 28.

Como nos ilustra anualmente Freedom House, cada año hay en el mundo más “democracias electorales” pero, paradójicamente, cada año disminuye la calidad intrínseca de las mismas. Esta tendencia parece aconsejar que en el lenguaje corriente, el que emplea la prensa escrita, se utilice cada vez más ese término puramente descriptivo -“democracia electoral”- para sustituir los clásicos: “democracia”, “democracia liberal”, “democracia representativa”... Mi argumento, basado en hechos comprobables, no es que esa variante de democracia limitada que designaban esos términos clásicos, y que Dahl denomina con mayor propiedad “poliarquía”, esté desapareciendo sino que está en proceso de degradación severa. “Desdemocratización” indica precisamente eso: esos regímenes, y en concreto los del primer mundo a los que nos referimos aquí, van dando pasos decididos hacia una variante nueva que incumple cada vez más “garantías institucionales” del modelo de Dahl (1971:3).

Para lo que nos ocupa aquí: en condiciones como las descritas empieza a no ser operativo el modelo de Hirschman per se,¹⁶ que incluye entre sus presupuestos un grado elevado de democratización, algo más que dudoso en la Europa de hoy. Si no hay posibilidad de *salida*, crece la *voz*, pero si, como estamos presenciando en muchos de los países afectados, los gobiernos representativos dejan de serlo porque se blindan ante las demandas de la ciudadanía¹⁷ y toman sus decisiones de acuerdo con intereses de terceros, ocurren dos cosas: una, la *voz* deja de ser un mecanismo de expresión democrática; y dos, se puede predecir que un bloqueo intencionado y persistente de la *voz* dejará paso a una intensificación de los microconflictos y la violencia política.¹⁸

¹⁶ Aunque sí el presentado antes corregido o completado por la noción de Scott de la *resistencia activa* o microconflicto.

¹⁷ Un ejemplo entre muchos lo protagonizan Rajoy y Aguirre en España (3.03.2012), que se enfrentan a los sindicatos: “pueden hacer huelga general pero no servirá de nada”. Una tendencia a bloquear la realidad iniciada en España alrededor del referéndum sobre la entrada en la OTAN y con ocasión de la Guerra de Irak; fue entonces cuando una parte no desdeñable de los comentaristas de los medios comenzaron a considerar normal, incluso adecuado, que los gobernantes se resistieran a las demandas de la ciudadanía aunque éstas tuvieran un apoyo mayoritario o, incluso, abrumadoramente mayoritario.

¹⁸ Esta última posibilidad la ha anunciado un reconocido experto mundial en conflictos sociales como es Manuel Castells (2012), refiriéndose a España y al 15-M: “Ha cambiado la conciencia de la gente, pero el sistema político se mantiene impermeable. Y esto puede degenerar en enfrentamientos y en violencia... Con una sociedad movilizadada, indignada, sin respuesta institucional creíble, es difícil evitar la violencia.”

Mi segunda hipótesis, por tanto, consiste en identificar un *capitalismo autoritario* que emerge de la deriva neoliberal ante la persistencia de la crisis y bajo cuya ejecutoria las “democracias” se están convirtiendo en oligarquías competitivas (donde la competencia no se produce entre modelos de sociedad o alternativas políticas, sino entre grupos organizados que “secuestran” la opinión). ¿Qué pasa entonces con la voz? Dice al respecto Steven Pfaff (2006:18) en un espléndido estudio publicado justo antes de la crisis sistémica actual y en referencia a los regímenes estalinistas:

A diferencia de las democracias que institucionalizan la voz (por medio del voto, la actividad de lobby y la formación de grupos de interés), los estados autoritarios por lo general limitan o prohíben la expresión de las quejas.

Claramente, ya no estamos en esa situación. Y la consecuencia principal de cara al tema del presente artículo es esta: el bloqueo de la voz (por la “democracia”) hace razonable esperar para el corto plazo un crecimiento de las “técnicas de perfil bajo” (los microconflictos de Scott). Se podría pensar también que el bloqueo persistente de la voz podría llevar, sencillamente, a una retirada del apoyo al régimen; el mismo Pfaff (2006:60) cita a Timor Turan, estudioso del tema en condiciones de “régimen intransigente” (está pensando en un régimen estalinista), para concluir que “la retirada del apoyo activo permanecería básicamente opaca ante los líderes debido a que se ha dado a sus agentes incentivos claros para disimular”. (Hay un siniestro paralelismo aquí, en tanto el régimen neoliberal también ha entrenado a sus clases de servicio -sus “agentes”- para disimular, y los Rajoy, Draghi, Lagarde y compañía lo hacen muy bien, pero la impresión de que cada vez es más patente que responden a técnicas de imagen y marketing y que cada vez se lo creen menos es inevitable para buena parte del público.) Se podría argüir también que la retirada del apoyo ya se ha producido en forma de desafección política y abstención electoral; y no parece que esos “agentes” se den por enterados. Esta es la sugerente conclusión que ofrece Pfaff (*ibid.*) ante una situación análoga aplicable al estado estalinista (el “régimen intransigente”):

En un escenario como este, la voz reformista solo saldría a la luz una vez que una profunda crisis se haya hecho tan obvia que el sistema empieza a desintegrarse y las élites a dividirse en facciones.

Aplicación del modelo

1. Al lado de unas fases económicas de la evolución de la crisis y las medidas de austeridad, examinados los hechos, hay argumentos para pensar que son tres las fases de despliegue de la reacción popular ante aquéllas entre 2007 y 2012. De hecho, emergen con facilidad de la observación sistemática de los datos de la cronología precedente.

Una primera fase tiene que ver con el avance inicial de la crisis, la rápida afectación de los puntos más débiles del sistema de estados, la inicial incredulidad popular ante las señales sobre el final de la “prosperidad”, y una primera oleada de respuestas en forma de protestas localizadas y, en conjunto, todavía moderadas, en número y en intensidad. Esto sucede aproximadamente durante 2007, 2008 y 2009 y su talón de fondo es la parálisis de la globalización impulsada por el neoliberalismo. Incluye algunos estallidos que marcarán tendencia: el hundimiento de la economía y la sociedad islandesas; pero también de la política, con el descabalgamiento de los gobiernos de la propia Islandia y de Bélgica entre otros; el inicio de las por el momento escasas respuestas *duras* en forma de un ciclo de huelgas generales en Francia y en Grecia; la rápida difusión de la protesta, todavía contenida en términos de movilización, en Irlanda, Barcelona y Madrid, Europa; los primeros casos de acoso de grupos protestatarios a cumbres políticas y económicas... A pesar de la naturaleza contenida y relativamente localizada de esta movilización inicial, surgen las primeras voces del *establishment* que anuncian, alarmadas, lo que puede sobrevenir. En abril de 2009, De Villepin habla del riesgo de una revolución desde abajo en Francia, mientras uno de los hombres de Bush, ocupado ahora en una organización internacional, Robert Zoellick, amplía en mayo de 2009 las alarmas desatadas con el comentario de que “hay riesgo de una grave crisis social”. Se registran también pasos hacia lo que será otra tendencia del período, a saber, el desgüace de la izquierda clásica, con el hundimiento del Pasok en Grecia. Los *puntos calientes* quedaron así establecidos en esta primera fase.

La segunda fase del período de crisis sistémica abarca los años 2010, 2011 y 2012. Con el desembarco de las políticas abiertas de austeridad en el escenario por parte de los organismos internacionales y los gobiernos nacionales (con ciertas resistencias rápidamente desarboladas) se desencadena con rapidez un ciclo de protesta que gana intensidad y exhibe repetidos miniciclos internos de notable virulencia: uno particularmente fuerte en Francia en 2010, donde se habla ya de un “nuevo Mayo del 68”, pero también en Reino Unido e Italia y por supuesto Grecia en el mismo año; durante 2011 se lleva a cabo el referéndum en Islandia, de gran impacto en el imaginario popular por la ejemplarizante mano dura contra los responsables de desencadenar la crisis que se espera que surja de él, así como una reforma constitucional, y varias importantes movilizaciones de estudiantes, entre ellas en Barcelona y en Valencia, así como la proliferación de formas innovadoras para impulsar las luchas sociales, como la aparición del escrache en Barcelona o la ocupación de universidades (la UAB, p.e.). Otras formas de expresión del descontento popular son el movimiento Stopbanque y la insumisión fiscal en Grecia.

Esta segunda fase de la reacción popular señala varias tendencias: los países afectados van dividiéndose en categorías internas según la gravedad de la situación ante la creciente imposición de las políticas de austeridad y los famosos “recortes sociales”; el nivel de la movilización popular es sostenido y en constante progresión; los efectos de crisis y austeridad en los estándares de vida de la parte baja de la jerarquía de países afectados del núcleo se despliegan ya con gran ritmo y visibilidad: la extensión de la pobreza, incluso la miseria, y la exclusión social es ya rampante. La expresión de la voz medida por el voto no parece ofrecer pautas consistentes sino, más bien, actuar como una especie de elemento de distensión momentánea, decidida de manera un tanto azarosa, en las agitadas e inquietas vidas de una mayoría de electores, que reparten al azar entre los partidos en liza los malhumores y agresividad acumulados tras el acusado deterioro de las condiciones de vida. La individualidad feroz del acto electoral explica en parte estos efectos, pero observando los resultados electorales en una mayoría de países europeos, por ejemplo, así como los resultados de los periódicos sondeos de opinión sobre

orientación política pero también sobre los *issues* más vinculados al despliegue de la crisis y la austeridad, parecen dibujarse tendencias de opinión notablemente claras (sobre todo si le añadimos el peso creciente de la abstención y los votos nulos): da la impresión de que, al temor e indignación contenida de la primera fase que hemos examinado (traducida electoralmente en importantes cotas de abstención, pero también de *lealtad* sistémica a la Hirschman), el voto (y el boicot al mismo por medio de la abstención) se orienta crecientemente a una versión elegante y contenida del “¡Que se vayan todos!” que recorrió las calles de las principales ciudades argentinas en 2000-2001. En términos generales, se penaliza cualquier tendencia política que ocupe el Ejecutivo, se practica la abstención, pero también se impulsan las fuerzas políticas del tradicional populismo de extrema derecha, que dan visibilidad a chivos expiatorios de procedencia inmigrante. Pero en paralelo, si esta parece ser la tendencia central en los países que se llevan la peor parte de los efectos de la crisis (en la UE, los PIGS), el uso “racional” del voto como mecanismo de defender posiciones relativas de privilegio parece creciente en los países del Norte.¹⁹

¹⁹ Podemos recordar al respecto catorce cambios de gobierno que han permitido a la prensa hablar de “tsunami político de la crisis” (ver *El País* 5.05.2012 y 8.05.2012, p. 2). Reino Unido: en mayo de 2010, después de 13 años de laborismo, Cameron gana las elecciones. Irlanda: febrero de 2011, el centroderecha del Fine Gael forma gobierno con los laboristas derrotando al Fianna Fáil. Portugal: junio de 2011, el socialista José Sócrates es desbancado por el conservador Partido Socialdemócrata de Passos Coelho. Dinamarca: septiembre de 2011, ajustada victoria socialdemócrata que acaba con una década de gobiernos de centroderecha. Les sigue España en noviembre de 2011: el PP obtiene mayoría absoluta y desplaza al PSOE a la oposición después de ocho años de ZP. Grecia e Italia, también en noviembre de 2011: acceden al control del Gobierno dos primeros ministros “tecnócratas”, Papademos y Monti respectivamente, como consecuencia de la crisis de la deuda y las presiones de la UE y los organismos internacionales. Holanda, abril de 2012, cae el gobierno de liberales y democristianos al perder el apoyo de la extrema derecha; en septiembre 2012, se reedita un gobierno de coalición liderado por el partido liberal de Mark Rutte que rompe así con la pauta previa que defenestró, entre otros, a Berlusconi, Zapatero y Sarkozy, y que representa la lealtad del Norte a las políticas de austeridad. Francia: el 7 de mayo de 2012 los socialistas de Hollande ganan las elecciones, se deshacen de Sarkozy y pretenden impulsar otra Europa y una dinámica de crecimiento económico (en la segunda vuelta de junio, obtienen la mayoría absoluta). Además de estos nueve cambios, están los casos de Finlandia (en abril de 2011, el centroderecha de J. Katainen desplaza a la izquierda en el gobierno), Eslovenia (en diciembre de 2011, el centroderecha de J. Jansa desplaza a la izquierda), Eslovaquia (en marzo de 2012, la izquierda de R. Fico desplaza a la derecha), Rumanía (en abril de 2012, el socialdemócrata V. Ponta desplaza a la derecha) y Hungría (en abril de 2010, Víctor Orbán, de centroderecha con toques extremistas antidemocráticos, accede al gobierno). Debe añadirse el castigo de los electores griegos a los dos partidos, Nueva Democracia y Pasok, que han gobernado el país desde 1974 en las elecciones de mayo de 2012 (complementado con el ascenso de Syriza, que obtiene más votos que el Pasok, y Aurora Dorada, neonazi). En junio de 2012, los griegos vuelven a las urnas y dan la victoria a ND (30%, conservadores partidarios del rescate) frente a

En síntesis, la segunda fase de despliegue de la crisis, pero también de la respuesta popular a la misma, subraya dos acontecimientos en perspectiva comparada y a diferencia de la fase uno: una elevada movilización popular, centralmente en los países más afectados, pero con no pocas acciones de solidaridad por abajo en otras partes del sistema de estados (movilización popular que permite pensar, y a ello dedicaré alguna atención, que están presentes algunos de los principales componentes de un *ciclo de protesta* en toda regla);²⁰ y una aguda crisis de representación política y desconcierto ciudadano: el silencio institucional, cuando no una simple y despectiva negación de las demandas desde abajo, preside lo que avanza a pasos agigantados hacia una descomunal crisis política (de manera clara en la parte subprivilegiada de los países de la UE) derivada en su núcleo de la identificación casi completa entre Estado y mercados.

La tercera fase, que se iniciaría alrededor de la segunda mitad de 2012 y alcanza hasta el primer trimestre de 2013, cuando se están escribiendo estas líneas, culminaría las dos tendencias de la fase dos que se acaban de mencionar y apuntaría hacia cambios sustantivos en el horizonte. “Cambios” en el doble sentido de *regime change* (área política) y de transformación de la estructura social característica de los países de la OCDE más afectados por la crisis y la reacción popular ante ella y la austeridad. Pero antes de tratar este punto, vamos a pasar revista breve a las nuevas formas de reacción popular.

Repertorios de acción colectiva y ciclos de protesta

Cuando hablamos de “repertorios de acción colectiva” (RAC) seguimos la noción avanzada por Charles Tilly en 1977 (en su versión de 1995; ver Tilly 2002 para su versión castellana). Los RAC son formas de acción que se corresponden con esta idea del sociólogo norteamericano (2002:31-33):

La palabra repertorio identifica un conjunto limitado de rutinas aprendidas, compartidas y actuadas a través de un proceso de elección relativamente deliberado. Los repertorios son creaciones culturales aprendidas, pero no descienden de la filosofía abstracta ni toman forma como resultado de la propaganda política, sino que surgen de la lucha. Es en la protesta donde la gente aprende a romper ventanas, atacar

Syriza (27%) mientras Aura Dorada es ya el quinto partido. También a tener en cuenta, en mayo de 2012, el castigo al partido de Merkel en Alemania en las elecciones de Renania del Norte-Westfalia (un 26,3 % de votos, su peor resultado) y la subida concomitante del SPD (39,1%) y Verdes (11,3%).

²⁰ Según la noción de Sidney Tarrow que examinaremos más abajo.

presos sujetos al cepo, derribar casas deshonradas, escenificar marchas públicas, hacer peticiones, mantener reuniones formales u organizar asociaciones de intereses especiales. Sin embargo, en un momento particular de la historia la gente aprende una cantidad bastante limitada de modos alternativos de acción colectiva. (...)

Estamos ante una metáfora. Una versión débil de la metáfora afirma simplemente que los que participaban en la acción prestan atención recíproca a las partes del drama que cada uno tiene asignadas y a los recuerdos compartidos de acontecimientos semejantes. Como guía para la interpretación es útil incluso una versión débil. Pero yo pienso en una versión fuerte, que implica: a) relaciones sociales, significados y acciones agrupados en pautas conocidas y recurrentes, y b) muchas acciones contestatarias posibles que no llegan nunca a hacerse reales porque los participantes potenciales carecen del conocimiento, el recuerdo o las conexiones sociales indispensables. En una versión fuerte, la aparición de formas nuevas es el resultado de la innovación deliberada y la intensa negociación, como en el proceso por el cual patronos, trabajadores y agentes del Estado británico discuten sobre la frontera entre formas de actividad huelguística aceptables e inaceptables [entre 1758 y 1833]. Aunque estén constantemente innovando, los contestatarios innovan en general en el perímetro del repertorio preexistente más que rompiendo por completo con las antiguas maneras. La mayoría de las innovaciones fracasan y desaparecen; en una forma dada de contestación, los cambios son pocos, raros y a largo plazo. Las innovaciones duraderas surgen en general del éxito; entonces es cuando otros actores las adoptan rápidamente y luego se institucionalizan en una nueva forma de acción que constituye un visible progreso en las demandas de sus usuarios.

Este concepto debe aplicarse a la situación que nos ocupa. Nos permite pensar como mínimo que las “revueltas cívicas” (Aguilar, 2012) que estallaron en 2011 en Túnez y Egipto, en el marco de las revoluciones árabes, y su característica forma *indignada* de expresar desde abajo el completo rechazo moral al orden vigente, pueden entenderse como un RAC modular, que se difunde y adapta a situaciones, localidades y reivindicaciones muy diferentes entre sí, que ha roto “por completo con las antiguas maneras”. Aunque es cierto que han empezado innovando “en el perímetro”, su rápida adaptación a situaciones de conflicto tan diversas como los alienados del sistema social en España (15M), en Estados Unidos (Occupy), Israel (la “Protesta Social” de 2011, ver N. Nagar en este mismo Anuario 2012), Grecia y, quizá, la Federación Rusa, y su elevada eficiencia, permiten pensar que estamos ante

una forma nueva que, incluso, se permite -en el caso español- hostigar a las autoridades pero también, al menos intermitentemente, a los portadores de la forma previa establecida de contestación representada por los sindicatos.

Por lo que se refiere a los *ciclos de protesta*, estos tienen dos significados principales. Uno, descriptivo y propio del lenguaje corriente, indica simplemente que un conjunto de acontecimientos contenciosos se suceden en una secuencia temporal. Pero el mismo término sirve, además, para señalar la concurrencia de unas condiciones específicas que forman un fenómeno definido que se repite regularmente; aquí, la expresión se convierte en un concepto teórico cuyo inventor, Sidney Tarrow (2002:103), define así: “Aunque las olas de protesta no se produzcan según una frecuencia regular ni se difundan de manera uniforme a poblaciones enteras, en la historia reciente se han caracterizado por una serie de rasgos: exaltación del conflicto, amplia extensión sectorial y geográfica, aparición de nuevas organizaciones de movimiento social y potenciación de las antiguas, creación de nuevos ‘marcos paradigmáticos’ de significado e invención de nuevas formas de acción colectiva”.²¹

Con alguna excepción parcial, estos seis rasgos establecidos por Tarrow se observan durante la segunda fase de despliegue de la reacción popular ante la crisis, la gestión de ésta por la élite neoliberal y la consiguiente implantación forzosa de los planes de austeridad. Podemos concluir que durante esa fase dos, la protesta popular alcanza la categoría de ciclo de acción colectiva, algo detectado incluso, con otra denominación, por los medios de comunicación españoles, que describen una nueva época cuyas tendencias centrales son los conflictos autonomizados y el poco peso de los partidos políticos.²² ¿Qué actores o sujetos de ese ciclo de acción merecen ser destacados (no solo por su importancia intrínseca, sino porque su predominio nos ofrece pistas

²¹ Kriesi et alii (1995:113) añaden otro factor: “la longevidad, amplitud e intensidad” de los ciclos de protesta “fuerzan a los miembros del sistema político de ámbito nacional a tomar partido”. Comentan también con acierto que “los ciclos de protesta ocupan una posición intermedia entre las protestas rutinarias y las revoluciones” (*Ibid.*).

²² Véase entre otros el reportaje de *El País* de 1.12.2012, p. 32, que significativamente empieza así: “El ambiente era inflamable y la chispa ha saltado. Los trabajadores de la sanidad, la educación, los jueces, los activistas antidesahucios... La duración y profundidad de la crisis económica ha empujado a miles de ciudadanos a tomar la calle y muchos están convencidos ahora de que la protesta sí que sirve”.

empíricas sólidas para identificar tendencias para el futuro próximo)? Intento resumirlas a continuación:

1. Las organizaciones sindicales, en especial las denominadas en España “sindicatos de clase”, han afrontado el período mediante dos adaptaciones principales de signo contrario y con un punto de inflexión distinto según los países, que para el caso español puede situarse en algún momento de 2011.

La primera adaptación a la crisis y la austeridad ha sorprendido a los sindicatos (en especial, los españoles) con el paso cambiado. Acostumbrados a su papel de actores sociales reconocidos por arriba heredado de la transición política, su ejecutoria previa de actores integrados en el sistema pero con un débil enraizamiento en las empresas, lo que ha conllevado su instalación en la dinámica del “diálogo social” y, en general, el neocorporativismo de la época del capitalismo del bienestar (que se experimenta en España, con retraso, a partir de los Pactos de la Moncloa), los ha preparado muy mal para el cambio de época que se avecinaba. De hecho, como había sugerido algún sindicalista de orientación más insumisa (véase, p.e., A. Wahl, 2005) desde mucho antes de la presente crisis, la burocratización de las grandes redes sindicales, nacionales e internacionales, y su erróneo apego a un escenario como es el del capitalismo del bienestar y la negociación de pactos sociales, desaparecido con prontitud ya en los años de 1980s y 1990s, hacía temer lo peor. Con relación al tema que nos ocupa, esto ha significado una anormalmente lenta reacción de estos actores ante los avances de la crisis y la austeridad; y una desasosegante y torpe insistencia en la magia de la “negociación” dirigida a la opinión pública pero, sobre todo, a unos actores políticos y corporativos que no estaban por la labor desde mucho antes,²³ sencillamente porque, conscientes de su poder, no necesitaban ya recurrir a la cooperación con los sindicatos. En este sentido, la fase uno que se extiende durante el período 2007 a 2009, se salda con un cierto fracaso general del sindicalismo, por su impotencia pero también por su incapacidad. Sobre todo, también, porque allí donde no han

²³ En este punto ha resultado especialmente patética, por cercana, la mezcla de ingenuidad y torpeza de los grandes sindicatos catalanes en su pretendida “negociación” con la vicepresidenta de la Generalitat durante 2012. Por supuesto, esta última los ha manejado a su antojo.

reaccionado sumisamente, como en Grecia, han descubierto que su repertorio básico de acción, la huelga, no era suficiente para frenar y tal vez impedir las estrategias de los actores dominantes.

La segunda adaptación de los actores sindicales, una vez conocidos durante la primera los efectos que se acaban de resumir, los ha visto ya, en la segunda fase (aproximadamente 2010-2012), más resueltos o en parte resueltos a rectificar. El surgimiento mientras tanto, como en cada crisis capitalista de envergadura, de nuevos actores y formas asociativas y organizativas originales de representación de intereses de las clases populares, ha sorprendido a los sindicatos pero también los ha estimulado a acelerar su movimiento de rectificación. Podría decirse que, al menos en España, han reaccionado con estupor -hasta ese punto estaban mal preparados para el nuevo período de confrontación- tanto ante el escaso reconocimiento popular de su liderazgo, al menos al principio, como ante la hostilidad mostrada hacia sus “viejas” formas de lucha por los nuevos actores emergentes. Y estos no han sido otros que un variopinto muestrario de *movimientos ciudadanos* de nuevo cuño, en buena parte auto-organizados y armados con las NTIC, que han progresado a gran velocidad bajo el flexible manto del 15M y la *indignación* durante 2011 y 2012.²⁴ Situados ya en esa tercera fase que va de momento de la segunda mitad del 2012 al primer trimestre de 2013, se ha podido observar, finalmente, formas variadas de cooperación e incluso formas de coalición entre el “viejo” movimiento obrero y los nuevos movimientos ciudadanos.

En España, estos movimientos ciudadanos, y en especial dos: la Plataforma de Afectados por las Hipotecas y *Rodea el Congreso*, han culminado con gran éxito el año 2012 al conseguir, no sólo una amplia difusión de sus acciones y notabilísimo apoyo de la opinión pública (medida por los sondeos de opinión, que han llegado a otorgar un grado de penetración a las reivindicaciones de la PAH de alrededor del 70%), sino, en el primer caso, algo siempre difícil de presenciar en el corto plazo histórico: los efectos políticos tangibles derivados de la acción de un movimiento, en forma, en este caso, de obligar a rectificar y

²⁴ Ese extraño y aparentemente contradictorio hostigamiento cooperativo entre sindicatos y movimientos ciudadanos ha dejado paso en 2011-2012 a una situación donde, como han visto bien varios medios de comunicación españoles, las asambleas de los movimientos en las plazas “marcan el paso” a las organizaciones sindicales.

tomar medidas a la estructura institucional-política receptora de las protestas (los jueces que se niegan a desahuciar, la policía que declara que denegará su refuerzo represivo a los mandatos judiciales, el partido en el gobierno que introduce cambios legislativos, el apoyo más o menos oportunista de numerosos parlamentarios y parlamentarias...).

2. En paralelo, aunque minoritarias, han irrumpido en España y otros lugares formas de acción colectiva de las que Hobsbawm denominaría “pre-políticas” o *primitivas*. La gente se queja pero en determinadas condiciones toma además la justicia por su mano. En áreas rurales, pero también en alguna gran ciudad industrial, grupos de activistas han procedido a emular a pequeña escala las acciones del bandolerismo social tan arraigado en la realidad española de los siglos XIX y primera parte del XX, con éxito directo limitado pero fuerte impacto en el imaginario popular, lo que habrá contribuido sin duda a reforzar los impulsos a la *indignación* mostrados por la población española debido a la amplísima cobertura televisiva de los hechos. Las más destacadas han sido las acciones del Sindicato Andaluz de Trabajadores²⁵ tomando al asalto varios supermercados para hacerse con modestos, pero valiosos, lotes de alimentos que han repartido entre la población excluida, aunque la primera acción aparecida en periódicos de gran circulación se produce en diciembre de 2009 en Barcelona por parte de un “comando” de jóvenes activistas.

3. Otras formas de rebelión también minoritarias pero menos *primitivas* y que, según varios indicios, podrían tener recorrido futuro, enlazan con repertorios ya ensayados históricamente. Por un lado, la ocupación de edificios públicos, que se ha producido en varias universidades públicas españolas en episodios de corta duración. Por otro, la práctica del escrache argentino, que muestra el carácter modular de este repertorio de acción.²⁶ Un repertorio, por otro lado, que forma parte con otras denominaciones de la protesta social europea desde siglos (véase p.e. Neveu, 2002:49 y Tilly, 1986). Los efectos de la crisis han

²⁵ Véase el artículo de Beltrán Roca e Iván Díaz sobre el SAT en este mismo Anuario.

²⁶ Como dice Tarrow (1997:88) sobre la modularidad: “quedó claro que la barricada era modular. No estaba limitada a ninguna queja o grupo social en particular. Podía aglutinar a la gente en nombre de exigencias diferentes y atacaba al Estado en vez de a objetivos privados”.

dejado también un pequeño número de actos de desesperación que conceptualmente pertenecen a los microconflictos; como el de un hombre receptor de un subsidio en París que se prende fuego al perderlo (8.08.2012).

Voz, Salida y Lealtad: tendencias de la intervención popular en el clivaje de clase, 2007-2012

La aplicación de las nociones del modelo que he expuesto anteriormente, subraya tres tendencias principales:

1. En el primer tramo del impacto de la crisis, 2007-2009, la respuesta ganadora por lo que se refiere a la reacción ante aquélla por parte de las clases populares es la *lealtad*. Una mayoría de la población afectada, dominada según datos e indicios por el miedo y la incredulidad (“España no es Grecia”, p.e.), permanece sin embargo mayoritariamente fiel al ordenamiento sistémico. Complementariamente, la *voz* se dispara con vigor en enclaves todavía minoritarios (Francia, Grecia), mientras que la *salida* todavía no ofrece avenidas claras y se limita, por el momento, a la aparición de diversos y minoritarios movimientos frontalmente antisistémicos. La situación es mayoritariamente de *perplejidad* y, ante la incertidumbre, de lealtad oportunista al sistema (Aguilar, 2010).

2. En la segunda fase de despliegue de las respuestas populares ante la gestión de la crisis, entre 2010 y mediados de 2012, y en coincidencia con la introducción sistemática desde arriba de medidas de austeridad, lo que domina es la *voz*, mientras que se detectan también importantes vías de *salida*, como la emigración de jóvenes con formación superior y sin horizontes laborales en los países PIGS hacia las economías que demandan mano de obra (la mayoría de baja cualificación e ingresos), o el crecimiento de las prácticas cooperativistas en países como España para intentar mantener al menos un empleo precario. Como se ha señalado en el balance anterior, la preeminencia de la voz produce un conjunto de fenómenos emergentes que implican cambios de envergadura: el florecimiento de nuevos y muy variados movimientos ciudadanos, entre los que destaca en España (también en Grecia, en Israel, en

Estados Unidos) el movimiento de los indignados y, en su interior, la Plataforma de Afectados por la Hipoteca; un hundimiento muy considerable de la izquierda institucional, dividida, impotente y en muchos sentidos obsoleta (en España, por ejemplo, no consigue ni siquiera “aprovecharse” en términos de influencia política de la caída libre del PP en intención de voto del electorado español desde noviembre de 2011 en adelante); y una cierta recuperación del “viejo” movimiento obrero que, aunque claramente a remolque de los movimientos ciudadanos en cuestiones de estrategia, consigue evitar el hundimiento y liderar parte de la respuesta a los poderes neoliberales que controlan la gestión de la crisis y los planes de austeridad mediante la convocatoria de huelgas generales, pero también con iniciativas innovadoras como el intento de convocar un referéndum ciudadano sobre la austeridad. Dominando la situación, se dibuja con progresiva claridad una jerarquía de estados y economías que se insertan de maneras diferentes en la gestión de la crisis, lo que contribuye a fraccionar -y debilitar- cualquier intento de respuesta global de orientación antisistémica.

3. Tentativamente, parece dibujarse el contorno de una nueva fase del despliegue, entre mediados de 2012 y el primer trimestre de 2013. Dos hechos dominan a mi entender esta situación emergente, que si se confirmaran y afianzaran podrían dar un vuelco a la situación. Por un lado, como ya se ha examinado antes, la emergencia de un *ciclo de protesta* en toda regla: no estamos hablando ya de que la gente está furiosa por la evolución de las cosas que afectan a su vida y tiende a manifestarlo y a movilizarse, estamos hablando de que se está produciendo en los países más débiles de la jerarquía de estados los inicios de una movilización general y permanente así como la aparición de más y nuevos actores políticos desde abajo. Esto garantiza que estén presentes los recursos para imaginar -y quizá propiciar- cambios políticos de envergadura.²⁷

²⁷ Como recuerda James Scott (1990:81): “La mayoría de las creencias utópicas tradicionales se pueden entender como una negación más o menos sistemática de una pauta existente de explotación y degradación de status tal como las experimentan los grupos subordinados... El pensamiento utópico de esta guisa se ha expresado típicamente en formas enmascaradas o alegóricas, en parte porque una declaración abierta de las mismas se habría considerado revolucionaria. Lo que está fuera de toda duda es que creencias y expectativas milenarias han

Por otro lado, en los estados aludidos se da ya una situación *de facto* de bloqueo institucional y anulación al menos parcial de la democracia. Si la estructura institucional al mando sigue sin abrir cauces para satisfacer las demandas mayoritarias desde abajo y, en paralelo, cada vez es más claro para el común de la población, como dice Galbraith, que los procesos electorales no sirven para definir las políticas públicas, son de esperar algunas transformaciones que se añadirían a ese vuelco de la situación al que apuntan las tendencias e indicios, que examinamos en el epígrafe siguiente.²⁸

4. No se puede negar que el vuelco podría implicar un hundimiento de las clases en presencia, posibilidad que aparece, en ocasiones, en vísperas de cambios sociales sustanciales. Sin embargo, quizá ahora mismo hay más motivos para pensar en un vuelco progresivo que en un colapso como ese. Como han sabido siempre los grandes de la teoría social (en este punto: Marx, Tocqueville, Moore, Dahrendorf), la miseria extrema no genera revoluciones; como mucho, desata revueltas violentas de carácter efímero. La indignación individual multiplicada derivada de la *economía moral* o la *privación relativa*, sí. Los grandes malestares pueden suscitar grandes reacciones, y éstas, vuelcos en el orden social, “desórdenes”. La cuestión siempre ha sido entender cómo se pasa de una cosa a la otra, del malestar a la acción colectiva y de ésta, ampliada, a una transformación del orden preexistente. Podemos denominar eso, cuando ocurre, “revoluciones”, como en la teoría social clásica, o, como hace Zolberg (1972), “momentos de locura”. O podemos contextualizar el fenómeno dentro de la época que nos ha tocado vivir; si lo hacemos así, emergen algunas conclusiones (para un tratamiento del tema *in extenso*, véase Aguilar, 2008):

proporcionado con frecuencia, antes de la era moderna, uno de los más importantes conjuntos de ideas movilizadoras detrás de rebeliones de gran escala cuando éstas han ocurrido. Los obstáculos a la resistencia, que son muchos, no son sencillamente atribuibles a la incapacidad de los grupos subordinados de *imaginar* un orden social contrafáctico”. Las ideas movilizadoras de orientación “utópica” se empiezan a detectar ya en enclaves situados en las sociedades europeas; y el propio movimiento de la indignación es en parte muestra de ello.

²⁸ Uno de esos cambios innovadores está ya a la vista en Catalunya y en otros lugares. Se trata de los primeros movimientos para sustituir a ese personal político y partidos convencionales, que tanto apego muestran hacia “los mercados” y los centros de decisión, por algo así como *coaliciones electorales ciudadanas* surgidas directamente de la sociedad civil para garantizar que la voluntad mayoritaria no quede secuestrada por los actores políticos y se cumpla.

(a) La forma que adoptan las revoluciones se adapta a las diferentes épocas y contextos históricos. Tienen en común, de ahí el nombre, que, sobre la base de una insurrección ciudadana y de las clases subalternas, se produce una modificación sustancial de la estructura social dominante con anterioridad que se inspira en alguna imagen o modelo de una sociedad alternativa a la conocida.

(b) Bajo el capitalismo postindustrial democrático hay un cierto consenso entre especialistas en el sentido de que las revoluciones, en su caso, no se van a parecer, p.e., a la de 1917. Sí, más probablemente, a lo ocurrido en 1968 en Francia.

(c) El ciclo de protesta desatado como respuesta a la crisis y la austeridad tratado en este artículo es una condición necesaria pero no suficiente para una eventual “revolución desde abajo”. Podemos constatar de momento que: hay algunas condiciones para un “momento de locura” como ese; pero falta algún elemento imprescindible, el más claro: un formato cultural e ideológico anticapitalista o al menos postcapitalista que sirva para gobernar el eventual despliegue antisistémico.

(d) La densa efervescencia desde abajo que ha dominado la escena en muchos países del Primer mundo desde aproximadamente 2009-2010, con seguridad habrá socializado a la población en la existencia de un horizonte de momentos “donde todo es posible” (Zoldberg,1972:232), como antes lo fueron 1848, 1871, 1968.

Alternativamente, una situación de degradación crónica y prolongada, que ahora mismo no parece probable pero que no se puede descartar (los otros actores en el tablero también mueven ficha; y con seguridad sobrevendrán acontecimientos e intrusiones externas que modificarán las condiciones de la situación), permite pensar en otros escenarios:

a) El crecimiento, más que de la voz (comprobablemente de bajo rendimiento en el imaginario popular movilizado), de los microconflictos. Esto sumado a la actitud de algunos gobiernos de baja *finesse* política y poca cultura democrática puede resultar en una situación explosiva, como se está

presenciando en España, con la práctica de los escraches por la PAH, mientras se cierra este Anuario a mediados de abril de 2013.

- b) El bloqueo institucional y la anulación de facto de la democracia, como ha ocurrido en Italia, va a propiciar el recurso creciente al populismo. La aparición de nuevos proyectos populistas en la coyuntura actual admite varias lecturas. Está por supuesto la tradicional de los impulsos populistas orientados a hacer recaer la ira popular en algún chivo expiatorio (preferentemente inmigrante), problema que hace ya más de una década está calando en diversos países europeos (Austria, Francia, Grecia, Hungría...) y el fomento de nuevas figuras autoritarias (en el lepenismo, entre otros). Pero también se puede observar que en no pocos lugares el resentimiento acumulado se orienta, en cambio, hacia el impulso de proyectos políticos de nuevo cuño, no exactamente populistas, sino populares en busca de la autonomía, en el sentido de surgidos del seno de la sociedad civil automovilizada desde abajo que hemos descrito pero que, lejos de despreciar la “democracia”, lo que pretenden es ponerla al mando (en la estela de proyectos intelectuales como el de Karl Polanyi y de experiencias de lucha social como las de los zapatistas mexicanos y los llamados “novísimos” movimientos sociales de la última generación). Esta tendencia es detectable en España y en Catalunya entre los movimientos sociales y políticos en efervescencia durante los últimos años y ahora mismo.
- c) Un último efecto esperable a corto plazo, de cronificarse las tendencias descritas alrededor del bloqueo institucional, es la elevada probabilidad de presiones masivas (basadas en la voz y en los microconflictos) para lo que en la literatura politológica se conoce con la expresión anglosajona de *regime change*. Una reflexión concomitante ceñida al caso español es que, para rizar el rizo, el cambio de régimen aquí abarcaría *también* al antiguo régimen creado alrededor de la transición política iniciada poco después de la muerte de Franco en 1975. Este régimen incluye: una Constitución “débil”, en parte impuesta, en parte improvisada, en parte aceptada por los votantes en referéndum como un mal menor para deshacerse del franquismo (lo que no sabían era que este, verdaderamente, estaba “atado

y bien atado”); una monarquía obsoleta cada vez para más personas; un estrato de intelectuales del régimen convertidos en patéticos tertulianos al mando (imparten doctrina); y un viciado sistema de partidos e instituciones salpicados completamente por la pillería y la corrupción (el personal político que no las practica parece al menos tolerarlas) y con un nexo frágil y evanescente con la ciudadanía. Este *régimen de la transición* aparece a los ojos de la nueva generación (y de los colectivos críticos con él desde su mismo inicio) cada vez como más obsoleto y fuera de su tiempo; aunque, en sentido contrario, se ha de hacer constar que su duración y relativa estabilidad hasta tiempos recientes sería impensable sin una correspondiente cultura de la pillería y la corrupción instalada por abajo.²⁹

Los argumentos expuestos –sintetizados en el Diagrama 2 anterior- nos han de permitir anticipar las tendencias que seguirá el clivaje de clase ampliado en el futuro próximo.

Barcelona, 15.04.2013

Bibliografía

- AGUILAR, Salvador (2001a). “Movimientos sociales y cambio social: ¿una lógica o varias lógicas de acción colectiva?”, en *RIS*, 30, IX-XII, pp. 29-62.
- (2001b) *Ordre i desordre. Manual de estructura i canvi de les societats*, Hacer Ed. Barcelona.
- (2008) “El laboratorio postsoviético y la teoría de la revolución”, en *Revista de Estudios Políticos*, 139, enero-marzo, pp. 197-231.
- (2010). “Ciudadanos bajo la carpa de un circo: perplejos”, la Cuarta Página, *El País*, 7.07.2010, p. 27.
- (2011). “La teoría de los clivajes y el conflicto social moderno”, capítulo 13 de Pedro Ibarra y Mercè Cortina (comps.), *Recuperando la radicalidad. Un encuentro en torno al análisis político crítico*, Hacer Ed.. Barcelona. Pp. 209-235.
- (2012). “Una revolución original. Revueltas cívicas y revoluciones democráticas en los países árabes, 2009-2011”, en el *Anuario del Conflicto Social 2011*, Observatorio del Conflicto Social, Universidad de Barcelona, 2012.
- BARRY, Brian (1974). “Review article: Exit, voice and loyalty”. *British Journal of Political Science*, 4/1, pp. 79-107.
- BARTOLINI, Stefano (2000). *The political mobilization of the European left, 1860-1980. The class cleavage*, Cambridge University Press, Cambridge.
- BELL, Daniel (1976). *El advenimiento de la sociedad postindustrial*. Alianza Editorial. Madrid.
- CASTELLS, Manuel (2012). “La izquierda ha desaparecido. Entrevista”. *El País*, 18.12.2012, p. 42.
- CROUCH, Colin (1982). *Trade unions: the logic of collective action*, Fontana, Londres.
- DAHL, Robert (1971). *Polyarchy. Participation and opposition*. Yale University Press. New Haven.
- GRAMSCI, Antonio (1973). *Selections from the Prison Notebooks*, Edited and translated by Quintin Hoare & Geoffrey N. Smith. International Publishers. Nueva York.

²⁹ En este punto, España se añade a una larga lista de “sociedades divididas”, como Venezuela, como Italia y tantas otras, algo que se ha vivido con claridad en la “política de la confrontación” que ha ocupado a los dos afilados bloques políticos en que se dividió el país desde la llegada de Aznar al Ejecutivo.

- GURR, Ted Robert (1970). *Why men rebel*, Princeton University Press. New Jersey.
- HIRSCHMAN, Albert O. (1970). *Exit, voice, and loyalty. Responses to decline in firms, organizations, and states*, Harvard University Press, Cambridge, Mass.
- HOBBSAWM, Eric (1959). *Primitive rebels. Studies in archaic forms of social movement in the 19th and 20th centuries*. Norton. Nueva York.
- KRIESI, Hanspeter con Ruud Koopmans, Jan Willem Duyvendak y Marco Giugni (1995). *New social movements in Western Europe. A comparative analysis*. University of Minnesota Press. Minneapolis.
- LIPSET, Seymour M. y Stein ROKKAN (1967). "Cleavage structures, party systems, and voter alignments: an Introduction", en Lipset & Rokkan (eds.), *Party systems and voter alignments: Cross-national perspectives*, The Free Press. Nueva York.
- MERTON, Robert (1984). *Teoría y estructura sociales*, FCE, México (original de 1968).
- MOORE, Barrington (1978). *Injustice. The social bases of obedience and revolt*, Sharpe, White Plains, Nueva York.
- OIT (2012). *Informe Mundial sobre Salarios 2012/13: Los salarios y el crecimiento equitativo*.
- NEVEU, Erik (2002). *Sociología de los movimientos sociales*, Hacer, Barcelona.
- PFUFF, Steven (2006). *Exit-voice dynamics and the collapse of East Germany. The crisis of leninism and the revolution of 1989*, Duke University Press, Durham y Londres.
- SCHUMPETER, Joseph (1942, ed. 1950). *Capitalism, socialism and democracy*. Harper & Row. Nueva York.
- SCOTT, James C. (1985). *Weapons of the weak. Everyday forms of peasant resistance*, Yale University Press, New Haven.
- (1990) *Domination and the arts of resistance. Hidden transcripts*. Yale University Press. New Heaven.
- TARROW, Sidney (1995). "Cycles of collective action: between moments of madness and the repertoire of contention", capítulo de Mark Traugott (ed.), *Repertoires and cycles of collective action*, Duke University Press, Durham y Londres. (Hay versión castellana en Editorial Hacer, Barcelona, 2002, con el título de *Protesta social: repertorios y ciclos de la acción colectiva*, pp. 99-130.)
- (1997) *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Primera edición en castellano de la primera en inglés, *Power in movement*, 1995. Alianza Editorial. Madrid.
- THOMPSON, Edward P. (1979). "La economía 'moral' de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII", capítulo 2 de *Tradicón, revuelta y consciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Crítica. Barcelona. (Original de 1971: "The moral economy of the English crowd in the eighteenth century", en *Past & Present* No. 50, febrero de 1971, pp. 76-136.)
- TILLY, Charles (1986). *La France conteste de 1600 à nos jours*. Fayard. París.
- (2002). "Repertorios de acción contestataria en Gran Bretaña: 1758-1834", capítulo 1 de Mark Traugott (comp.), *Protesta social: repertorios y ciclos de la acción colectiva*. Hacer Ed.. Barcelona, pp. 17-47.
- (2007). *Democracy*. Cambridge University Press, Cambridge.
- WAHL, Asbjorn (2005). "El movimiento obrero europeo: el legado ideológico del pacto social", Monthly Review. Selecciones en castellano, 3, *Movimientos de resistencia al capitalismo global*, Hacer (coed. Món-3). Barcelona. Pp. 145 y ss.
- WALTON, John y David Seddon (1994). *Free markets and food riots. The politics of global adjustment*, Blackwell, Oxford.
- ZOLBERG, Aristide (1972). "Moments of madness". En *Politics and Society*, 2, invierno. Pp. 183-207. Citado según la versión reimpressa en Ira Katznelson et alii (eds.), *The Politics and Society Reader*. David McKay Company. Nueva York. Capítulo 8, pp.,232-255.